

15 de diciembre.

*El despegue.*

Una espantosa mañana de invierno salimos de un hermoso pueblo de la sierra de Segovia con destino a Cuba. Con María Cruz fijé hace un par de meses mi residencia en La Granja de San Ildefonso, junto a los fantasmas de Felipe V (apodado, el «animoso», pese a las depresiones), su segunda esposa, Isabel de Farnesio, y el divino Farinelli, y después de haber vivido en Madrid desde que mi memoria alcanza y más. Aquel día salimos temprano cargados con voluminosas mochilas a la espalda, camino de un largo periplo que presumía fértil, humana, cultural e intelectualmente, y a buen seguro inolvidable. Llevábamos años queriendo conocer aquella isla hermana, y a unas gentes de quienes habíamos escuchado palabras extraordinarias a nuestros amigos. Hacia las siete de la mañana nos dirigimos a la parada del autobús, y lo cogimos por los pelos. El conductor era el de siempre a aquella hora, un joven amable y parco en palabras, que como cada día aparecía repeinado y fresco como una rosa rociada. Al vernos bajó al exterior para abrírnos la maleta del autocar, un trasto antediluviano.

—Mucho frío, ¿eh? —afirmó, por decir algo.

Lo que le llamaba la atención era nuestro aspecto, poco acorde a la meteorología y a la sierra. Luego cerró la bodega de un portazo, mientras nosotros subíamos al vehículo.

—¿Les doy los billetes a Madrid, o sólo hasta Segovia? —dijo al subir.

—A Madrid, por favor.

Había que cambiar de autobús en Segovia. El joven tecleó en la maquinita de los billetes, mientras seguía mirando de reojo nuestro atuendo, poco invernal. Llevaba un rato intentado preguntarnos algo que ya sospechábamos, y finalmente no pudo reprimir su curiosidad.

—Y..., ¿van muy lejos? —dijo entre dientes.

—A Cuba —le contesté con una rotundidad demoledora.

Por la cara que puso, ni por asomo sospechaba la respuesta. Se nos quedó mirando, y luego echó un vistazo alrededor: la nieve lo cubría todo, y una densa niebla no permitía ver más allá de treinta metros. Asintió con resignación y austeridad gestual propias de la zona.

—Qué suerte. Allí seguro que no nieva —añadió, con el laconismo y la esquivez local habitual.

—No creo —dijo mi compañera.

—Estando como está el clima, lo mismo nos encontramos alguna sorpresa —apostillé.

A los veinte minutos llegamos a la terminal de autobuses de Segovia. Cambiamos a otro vehículo más moderno, en cuyo interior aguardaban con gesto pasmado una veintena de viajeros, entre estudiantes y profesionales liberales, principalmente. Algunos nos miraron de arriba abajo, extrañados quizá de ver nuestra indumentaria poco invernal: pantalones de trekking muy usados, impermeables descoloridos y con algún escudo cosido a modo de parche —e inflados por varios jerseys que llevábamos debajo—, y unas zapatillas normales y corrientes, de suela ancha, de todo terreno, y con algún roto lateral. Eran prendas fetiche recién lavadas y que nos habían acompañado en muchos periplos; ropa poco llamativa, salvo para los ciudadanos somnolientos que se quedarían en el invierno. Nada más salir de Segovia nos quedamos dormidos. La noche anterior habíamos acabado de madrugada de hacer el equipaje, y me bailaba la vista. Nos quedaban unos ocho mil kilómetros de viaje hasta La Habana, así que más valía darse todas las cabezadas posibles.

Madrid parecía el trópico comparado con la sierra segoviana, lo cual no venía mal para irnos aclimatando. Lo primero que hicimos fue ir a depositar las mochilas en la consigna del AVE en Atocha, para liberarnos del peso. María Cruz fue a entregar algunos papeles oficiales, a comprar dólares y algunos regalitos para el viaje —abanicos, bolígrafos, mecheros, postales y otras baratijas—, y yo me ocupe de viáticos tan dispares como un transformador eléctrico (en Cuba siguen con 110 voltios), clavijas americanas, pinzas de la ropa y unos metros de cuerda lo suficientemente resistentes para montar un improvisado tendedero. Aún me quedó tiempo para acercarme al Círculo de Bellas Artes, donde quería ver una exposición de mi admirado Sebastiao Salgado. Desgraciadamente tuve que conformarme con el catálogo, porque la exposición ('Exodos', recientes imágenes sublimes sobre la emigración por causa del hambre y las guerras) acababa de concluir días antes. Fue un verdadero despiste por mi parte.

María Cruz y yo trabajamos en publicidad, vídeo y televisión. Ella es ayudante de producción en cine y publicidad, y yo realizador. Era la primera vez que hacíamos un viaje juntos después de algunos meses de pareja y estábamos encantados de escaparnos unas semanas. A última hora habíamos conseguido zafarnos de una grabación que nos habría chafado el viaje: un concierto de un cuarteto de cuerda, encargo de una fundación local para la que colaboramos de cuando en cuando. Quince días antes de viajar, en previsión de que se aprobase el presupuesto, pusimos a cargo de la producción a un profesional amigo y a su equipo, un director de fotografía e iluminador de televisión, dos cámaras y dos técnicos de sonido. Al conocer la aprobación del presupuesto llamé al cliente. Me preguntó por la razón de nuestra ausencia.

—Un viaje a Cuba...

Al oír la noticia no disimuló su sorpresa.

—Ah..., ¿a Cuba...? —exclamó.

Me sonó a sana envidia.

—¿Otro trabajo? —inquirió, simulando discreción.

—Sí. A cargo del concierto estará un profesional de mi equipo —le manifesté.

Añadí que estaría en contacto permanente con la persona delegada y que no había por qué preocuparse. De cualquier forma, no era la primera producción que hacíamos para este cliente y ya sabía cómo trabajamos. El hombre tomó nota del número de mi productor y, finalizó la conversación de forma precipitada.

«Alea iacta est...», pensé al colgar.

Era la primera vez en dos años y medio que salía de España, y ya tenía ganas de volar... El último periplo fue a Myanmar (antigua Birmania, Burma), y Cuba era el vigésimo país que pisaría. Deseaba conocer esa isla desde hacía muchos años, y por fin se cumplía este viejo deseo. Nuestro propósito no eran las zonas turísticas y sus más afamadas playas, sino pueblos, paisajes y, principalmente, el contacto con las gentes. Como en anteriores periplos, no tenía previsto hacer una «guía de Cuba», sino un relato interior y exterior de un viaje efectuado por dos seres sensibles y amantes de la existencia. Por ello no pensaba adentrarme en datos históricos o culturales más allá de unas referencias concretas, necesarias para complementar nuestras andanzas. Para más información sobre Cuba, remito a la infinidad de guías que sobre este país se han escrito, y que sin duda completarán oportunamente lo descrito y narrado en nuestro itinerario.

Entonces, liberado de todas las gestiones profesionales pendientes, me encaminé nuevamente hacia la consigna de Atocha, lugar de encuentro con María Cruz. Allí estaba, puntual como un clavo. Tomamos el Metropolitano para ir al aeropuerto, el medio más rápido, sin atascos, ni ruido, ni humos urbanos. Al aparecer por los pasillos de Barajas sentí una excitación estremecedora y brutal, algo que me ocurre cada vez que piso un aeropuerto; no sólo para viajar, sino también para esperar a un amigo, hacer una grabación, venir a tomar un café. Realmente, amo los aeropuertos, tal vez porque los considero antesalas de sueños, estados de vigilia

donde uno transita de un estado interior a otro renovado. También, por ser lo más parecido a inicios o finales de periodos vitales de cada uno. Uno no debería volver de un viaje por el mundo igual a cómo se fue... Buscar una evolución interior por un periplo lejano es una de las experiencias más hermosas y enriquecedoras que pueden vivirse; y uno, al volver, debería sentir que ha evolucionado algo interiormente, o al menos en las semanas posteriores, cuando reflexiones o sentimientos puros de un viaje sedimentan. Por este motivo, desconozco por qué a los aeropuertos, como a determinadas estaciones de autobuses o trenes, se les ha llamado 'terminales'. ¿Terminales...? ¿Y no hubiera sido más apropiado, y menos triste, haberlos llamado 'prolegómenos', 'prólogos', o a lo sumo, 'epílogos'? Porque en el relato de una vida se suele seccionar el tiempo vivido en antes o después de una relación afectiva, de un inmueble en el que se ha vivido un tiempo —para quién aún esté de alquiler—, una estancia en otro país, o de un viaje maravilloso y enriquecedor. En nuestro caso, y durante los últimos años, los periodos vitales los han determinado en buena medida los viajes: la apertura espiritual y de conocimientos que suele producirse en estos periplos ha pasado a convertirse en algo prioritario en nuestra existencia. Ha sido fundamental.

Por otro lado, estimo que Occidente tiene cada vez menos que decir en nuestra vida; reprochamos su modelo social y económico, su pobreza cultural latente, la existencia burguesa adocenada y vulgar, el adormecimiento humano e intelectual, y sobre todo, la pérdida de conciencia crítica, de responsabilidad moral, de compromiso con la sociedad y con las causas que son motivo propio de desaprobación ética, o la pérdida de una mínima sensibilidad universal. Por el contrario, hay mayor propensión al egoísmo, al letargo intelectual, ético o profesional, a la ineptia ética y moral. Vivimos en el peor de los conformismos vitales. Occidente es una peligrosa idiotez, si bien avanzada tecnológicamente, pero sólo para unos cuantos.

Para ser francos, trabajamos once meses entre occidentales para poder salir treinta días de Occidente. Todo el jugo que se extraiga de esa

experiencia, corta en cuanto a días, siempre compensa y enriquece muy satisfactoriamente para lo poco que dura. Diría que hay años en los que en el viaje largo de turno, aprendo más del ser humano que en once meses en Occidente, pese a un núcleo relacional rico y diverso («Algo huele a podrido en Dinamarca», y en el resto de Occidente).

En Barajas colocamos los equipajes en un carro, y enfilamos largos pasillos hasta llegar a la terminal de salidas internacionales. Por allí buscábamos el mostrador del mayorista del viaje, una empresa estatal cubana llamada Sol y Son (bonito nombre). Tomaríamos un vuelo de la Cubana de Aviación, famosa por sus recientes accidentes en vuelos internos. La agencia que nos vendió el billete nos aseguró que no había por qué preocuparse en los vuelos transoceánicos de esta compañía, dado que subcontrata aparatos más modernos de otras empresas europeas y son pilotos de diversas nacionalidades. Pese a esta aclaración, no resultaba fácil evitar ciertos temores iniciales. Encontramos enseguida el mostrador de este mayorista, con una fila muy variopinta: parejitas jóvenes, ejecutivos desgarrados, mulatos de todas las tonalidades, jubilados, y turistas pintorescos y variados. Unas veinticinco personas en total, más otras diez que estaban merodeando a ambos lados de la fila, o parloteando en corrillos. Nos colocamos detrás de una pareja de cubanos que se quejaba de que esta compañía aérea les había pedido una cantidad disparatada de dólares por cambiar su vuelo a un día después.

—¿Sien dólares', por retrasá el vuelo un día? ¿Oye, no es un robo? —exclamaba el tipo a la compañera.

Claro que robar es universal, no es patrimonio de los occidentales.

Media hora después se abrió la persiana del mostrador. Se armó un buen revuelo, porque varios 'morenos' que merodeaban se querían colar descaradamente en la fila. Muchos de los que nos antecedían protestaron de forma enérgica, aunque sirvió de poco, porque muchos consiguieron salirse con la suya a fuerza de empujones. A la media hora los ánimos se serenaron, y escuchamos las primeras bromas y los chistes sobre la vida

diaria en Cuba, primer indicio de cómo se tomaba alguna gente de allí el pauperismo vital. Reconozco que no entendíamos ni la mitad de lo que decían, por una triple razón: en primer lugar, aquel argot era aún ininteligible para nosotros; además la gente hablaba atropelladamente; y por último, porque todos estaban de espaldas, deseando abordar la aeronave y lanzarse a los asientos. Cuando finalmente alcanzamos el mostrador entregamos los bonos de viaje, un rudimentario sistema al que nos vimos abocados por la obligatoriedad de tener una reserva en un alojamiento controlado por el Estado para la primera noche. A cambio de los bonos, con los billetes de avión nos obsequiaron con una bolsa de viaje algo espantosa y mezquina, si bien, serían llenadas de medicamentos y otros enseres de escaso tamaño. Era la primera vez que viajaba con un mayorista, aunque fuese solo el vuelo y la primera noche de hotel, y que además me regalaban una bolsa espantosa. Me sentí como un turista estólido.

—Qué espanto —dije a María Cruz, bolsa en mano.

—Peor hubiera sido una gorra de Varadero. Habría ido directa a la papelera —contestó con contundencia.

En los mostradores de facturación asignados a la compañía cubana se habían formado tres colas kilométricas. El pasaje que aguardaba era muy heterogéneo, mulatos, blancos, negros, muy morenos, gordos, flacos, muy flacos, y también camisas de flores estridentes, vaqueros con campanas enormes, cuellos de estilo años 70, calcetines de todos los colores, camisetas con estampados fulgurantes, etc. Por el suelo se esparcían un montón de cajas de cartón junto a otros trastos sin identificar; algunos aparecían envueltos en plásticos y sellados con metros y metros de cinta de embalar. Me pareció distinguir algún fregadero, herramientas de campo, piezas de mecánica, electrodomésticos de pequeño volumen —como microondas, aspiradoras, cafeteras, etc.—, por citar algunos cachivaches. Las colas parecían un mercadillo árabe.

—Lo mismo nos meten en un avión de carga —afirmó mi compañera.

La excesiva lentitud en la facturación no evitaba las dosis de buen humor y de jolgorio en las tres filas. Tardamos casi una hora en colocar las mochilas en la báscula y, pese al temor al sobrepeso, nos quedaban unos cuantos kilos hasta el límite permitido. Lo que no quedaban eran asientos en salida de emergencia, que suelo pedir en los vuelos largos para poder estirar las piernas. Hubo que conformarse con ir encajonados nueve horas en asientos de pasillo.

Hora y media más tarde se procedió a un atropellado embarque. Decenas de merodeadores querían colarse desde todas las posiciones, aprovechando el inmenso barullo de viajeros apoltonados delante del mostrador. Estos incontrolados se echaron encima de los que aguardaban pacíficamente, y plantaron sin contemplaciones su tarjeta del vuelo en las narices del personal de tierra. Nos habíamos oído el tumulto y nos habíamos colocado en las primeras posiciones, de forma que la mayor parte de la turbamulta quedo a nuestra espalda. Al acceder al pasillo de acceso al avión, miramos un momento hacia atrás y avistamos a decenas de personas con los billetes en mano presionando cuerpo con cuerpo sobre el mostrador. Lo más sorprendente era que los empleados permanecían impasibles ante aquel galimatías de paisanos bullangueros y guasones.

El avión olía a nuevo; era un Airbus que pertenecía a una compañía francesa de vuelos charters, lo que a priori daba alguna garantía de llegar enteros. Disponía de un grupo central de cuatro asientos y otros dos grupos laterales con tres cada uno. Las azafatas, extremadamente amables y diligentes, nos ayudaron a colocar los bolsos de mano en el compartimento que había justo encima de los asientos. Nada más sentarnos, entró una marabunta de viajeros en medio de un vocerío infernal, y comenzó un terrible trasiego de bultos de un lado para otro. Muchos se equivocaban de asiento y tenían que cambiarse enseguida. Se escucharon infinidad de voces estentóreas entre parientes o amigos, que contrastaban con las bromas y chanzas dichas en voz baja sobre la tripulación. Los compartimentos habilitados para el equipaje se habían llenado en pocos minutos, pese a lo cual no paraban de entrar pasajeros con más y más paquetes, maletas,

cachivaches plastificados, y diversos artilugios indeterminados. Ante aquel maremagno descontrolado, nos colocamos unos tapones de espuma y ojeamos la revista de la compañía. En las primeras páginas aparecían varias advertencias sobre los equipajes de mano, y se subrayaba la prohibición de sobrepasar los cinco kilos permitidos a cada pasajero en cabina... Caso omiso: aquello parecía el vestíbulo de un hotel, a sumar otros paquetes de mediano tamaño, que los viajeros trataban de esconder debajo de sus asientos, u ocultar envueltos en prendas de abrigo.

—¿Tú crees que este avión va a lograr despegar? —me comentó María Cruz.

—Probablemente sí. Otra cosa es que nos mantengamos en el aire.

Muchos paquetes nos sonaban de las colas de facturación. ¿Y cómo los camuflaron? Y lo que es peor, ¿cómo lograron pasar todo aquello en el embarque? ¿Sería por eso lo de armar un buen revuelo, para así colarlo todo de rondón...? Aunque las azafatas informaban a los viajeros de que dichos equipajes no podían ir a bordo, tampoco facilitaban ninguna solución al respecto; se limitaban a mirar hacia la cola del avión, donde se veía un interminable jaleo de brazos, paquetes y maletas. Ante las negativas de los viajeros a desprenderse de sus enseres, algunas aeromozas gesticulaban de mala forma y luego ignoraban el asunto, aunque fuese momentáneamente. El espectáculo era simplemente surrealista...

—No despegamos ni en dos horas.

—¿Solo dos? Van a ser diez. ¿Cómo van a autorizar un despegue con mil paquetes y maletas tirados por todas partes?

Un negrito regordete encontró a reventar el compartimento de maletas que había sobre su asiento. Llamó a una azafata que estaba arrinconada y estupefacta ante todo lo que estaba ocurriendo. La joven, de mirada flemática y expresión resignada, parecía no saber por dónde empezar a poner orden (¿liándose a tiros, quizá?)

—Señoíta, e maetero tá lleno, ¿qué hago con ete paquete? —le dijo el recién llegado.

La empleada le miró impasible, como si estuviera a punto de llamarle 'imbécil'. No hubiese sido de extrañar que se lo llamase, porque el paquete en cuestión era el ya reseñado fregadero de cocina envuelto en plásticos de burbujas, y atado malamente con cuerdas de esparto. La joven miraba atónita aquel artefacto y tardó en responder:

—Eso no puede llevarlo aquí. Debía haberlo facturado en el mostrador.

—¿Po qué no pué llevadse? Si no pesa ná —dijo el otro.

—Ya, pero abulta una barbaridad —le razonó la azafata, que fue a coger el fregadero y casi se cayó al suelo.

—¿Que no pesa? ¡Virgencita del Cobre! Mire, tengo que llevarlo a la cola del avión. Allí lo recogerá en La Habana.

—Peo oiga, ¿y si me lo roban?

—¿En un avión? ¿Un fregadero?

Apareció otra azafata para socorrer a la compañera.

—Señor, son normas aéreas, y esto debe ir allí atrás.

El tipo refunfuñó un rato, pero finalmente accedió. Al volver de depositar aquel artilugio, la azafata se dio de narices con una negrita que venía arrastrando impasible un maletón con ruedas, y cuyo color rosa chillón lo hacía todavía más grande. Al verla, la empleada emitió un discreto bramido y, roja como un tomate, se encaró con la recién llegada:

—Buenos días, señora. Por favor, no se puede subir al avión con esa maleta.

—¿Y po qué? —dijo cínicamente.

—Porque ocupa mucho espacio y pesa más de cinco kilos. Debería haberla facturado en el mostrador.

—¿Y qué hago con ella?

—Espere un momento, que voy a llamar a seguridad. Esto no puede ser.

Efectivamente, a los diez minutos aparecieron por el avión tres funcionarios debidamente acreditados y con caras de pocos amigos. Los tipos obligaron a un montón de pasajeros a entregarles un sinfín de bultos, los más voluminosos. Previamente les hicieron firmar unos improvisados